

firió volver al cristianismo á sufrir lo que él consideraba como una injuria. Halló en Constantinopla las distinciones debidas á su rango, pero echó de ménos la libertad de su patria.

El creyente no se debe más que á Dios; el hombre no es superior al hombre. Todos los musulmanes poseen un derecho igual al gobierno, á las funciones del templo, de la justicia, de la administración; este derecho conduce diariamente á los primeros empleos del Estado á hombres de la más humilde condicion. Las funciones no dan superioridad alguna á quien las desempeña; son un deber y no un derecho ni un privilegio. Á pesar de la igualdad cristiana, la más orgullosa de las aristocracias dominó durante la Edad Media y hasta los tiempos modernos, al paso que los musulmanes ignoran los rangos hereditarios y hasta los nombres de familia; desconocen la primogenitura y toda especie de distincion ó de preferencia. La ley hasta ha tratado de conservar la igualdad social entre los creyentes, por medio del impuesto con que castiga á las propiedades en beneficio de los pobres.

La igualdad musulmana está, sin embargo, viciada profundamente por la condicion de las mujeres y de los esclavos. Mahoma no excluye del paraíso á las mujeres, como se le ha echado en cara sin razon; no es cierto ni áun que las coloque en un estado de servidumbre; las ha hallado ya esclavas y ha mejorado su condicion. Nada más triste que el destino de las mujeres entre los Árabes ántes de Mahoma; no se les reconocia derecho alguno, ni áun derecho á la vida. Los padres daban muerte á sus hijas, unos por temor á la miseria, otros por la vergüenza que hubiera caido sobre ellos si algun dia su hija hubiese sido robada por el enemigo ó deshonrada (1). Mahoma censuró á los Árabes vivamente esta atrocidad; les dice y les repite: «No mateis á vuestros hijos por temor á la pobreza; los alimentaremos á ellos y á vosotros» (2). Las hijas no heredaban á sus padres; Mahoma les concedió una parte. Se consideraba á las viudas como una parte de la herencia; se diponia de ellas como de los muebles; Mahoma las rescató de aquella humillacion y les asignó, ademas del derecho nupcial, una porcion de

(1) PERCEVAL, t. I, p. 351.—SALE, *Observaciones, etc.*, secc. v, p. 516.

(2) *Coran.*, xvii, 33; vi, 152.

los bienes dejados por el marido (1). El profeta árabe recomendó á los hijos el amor hácia su madre áun más que hácia su padre: «La madre los lleva con trabajo, los cria con trabajo, los alimenta con trabajo. Un hijo gana el paraíso á los piés de su madre» (2).

Se ha dicho que Mahoma permite á sus sectarios tomar tantas mujeres como puedan mantener; ésta es una de las mil calumnias que se han inventado contra el islamismo. Ántes de Mahoma, la poligamia era ilimitada; el Coran prohíbe tener más de cuatro mujeres (3). Sin embargo, la poligamia, áun así restringida, es el vicio fundamental del mahometismo; puede explicársele por la influencia de la raza y del clima; pero es lo cierto que la poligamia viola la personalidad humana en la mujer, y la degradacion de la mujer reobra sobre el hombre. Vicia la creacion; porque en los designios del Creador el hombre es un sér incompleto, y necesita una compañera única para completarse y llenar su mision sobre la tierra.

La esclavitud es otro vicio del mundo oriental, pero no puede imputársele al profeta árabe. En el siglo VII la servidumbre era todavía un hecho universal; infectaba la sociedad cristiana; á pesar de la igualdad y la fraternidad predicadas por Jesucristo, la Iglesia misma poseía esclavos. El Coran proclama, lo mismo que el cristianismo, la igualdad religiosa de los hombres: «Dios ha hecho á los esclavos hermanos vuestros.» Sin embargo, la esclavitud se ha conservado en el Oriente, al paso que bajo el régimen feudal ha desaparecido de la cristiandad. Los escritores cristianos atribuyen este mérito al Evangelio, y no dejan de aprovechar esta ocasion para calumniar al islamismo (4). La verdad es que la abolicion de la esclavitud se debe más al elemento germánico y á la constitucion de la propiedad que á la idea religiosa. Para juzgar la esclavitud mahometana hay que apreciarla bajo el punto de vista del Oriente. Lo que caracteriza al Oriente es la casta; hasta en el mosaismo quedaban vestigios de aquella desigualdad radical.

(1) PERCEVAL, t. III, p. 337.—*Coran*, IV, 8, 12, 14.—SALE, sec. VI, p. 518.

(2) *Coran*, XL, 14.—PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, III, 337.

(3) PERCEVAL, I, 351.—SALE, *Consideraciones*, secc. VI.—RELAND, II, 32.

(4) DOELLINGER, *Mahumeds Religion*.

La esclavitud mahometana no tiene nada de la casta. La distancia entre el esclavo y el hombre libre no es ni aún tan grande entre los musulmanes como lo era en la servidumbre occidental. Verdad es que el esclavo es asimilado á una cosa, pero el hecho triunfa sobre el derecho, porque esta cosa puede casarse. El esclavo, con tal que sea creyente, puede hasta llegar al imperio; el Egipto ha sido gobernado durante siglos por esclavos circasianos; aún hoy la mayor parte de los dignatarios de la Sublime Puerta son esclavos comprados en el mercado de Estambul.

En los primeros tiempos del mahometismo, cuando los esclavos eran casi siempre creyentes, la legislación tenía una dulzura y una humanidad que constituye la vergüenza de las sociedades que se llaman cristianas y que han conservado la esclavitud: «El que les pega sin motivo está obligado á darles libertad. En el día del juicio Dios tendrá en cuenta al señor la indulgencia. La ley del talion castiga al matador del esclavo» (1). La conquista, dando á los musulmanes esclavos de razas diversas, agravó su condicion; el señor tuvo el derecho de vida y muerte, como lo tenía en todas partes. Sin embargo, la esclavitud conservó un espíritu de dulzura desconocido entre la naciones cristianas: «Si alguno de vuestros esclavos os pide su libertad, dádsela, si le juzgais digno de ella. Dadle algo de los bienes que Dios os ha concedido» (2). Estas palabras del Coran hallan siempre eco en el corazón de los creyentes. El esclavo no es tratado como un sér de naturaleza inferior, es miembro de la familia; despues de algunos años de buenos servicios es emancipado. Es raro que una caravana musulmana no vaya acompañada de uno ó varios esclavos ya emancipados, los cuales llevan en una caña hendida sus títulos de libertad.

## II.—Caridad.

La caridad es un principio comun á todas las religiones que se reparten el mundo. La naturaleza misma crea estos lazos entre los

(1) Tomamos estos detalles de la *Memoria sobre la legislación árabe*, de STAHL (*Journal Asiatique*, 2.<sup>a</sup> serie, t. VI, p. 139).

(2) *Coran*, XXIV, 33.

hombres. Sean cualesquiera los vicios de la teología, la caridad se abre paso; reina lo mismo en el deísmo judío y mahometano que en el panteísmo budhista. La primer cualidad que Mahoma hace notar en Dios es la caridad; le llama siempre *el clemente, el misericordioso*; repite á cada instante que «Dios está lleno de bondad, que se complace en volver al arrepentido.» La caridad es la principal virtud del musulman: la oracion, dice un califa, nos conduce á la mitad del camino del trono de Dios; el ayuno nos hace llegar á la puerta de su palacio, las limosnas nos proporcionan la entrada (1). Hasta en nuestros días la caridad ha seguido siendo la señal característica de la sociedad musulmana; todos los viajeros están conformes en reconocer á las naciones del islamismo una beneficencia superior á la de cualquier otra nacion.

Los preceptos de Mahoma sobre la limosna son dignos de ponerse al lado de las máximas del Evangelio. No son un plagio; el profeta no ha hecho más que obedecer á las tendencias de la raza árabe: «¡Oh creyentes! No hagais inútiles vuestras limosnas por las reprensiones ó malos modos, como le sucede al que es generoso por ostentacion.... Este se parece á una colina pedregosa cubierta de polvo; en cuanto llueve sobre ella deja en descubierto la roca. No hagais la limosna con la parte más vil de vuestros bienes; hacedla con las mejores cosas que tengais» (2).

Mahoma no se limita á estos preceptos sobre la limosna individual; crea una caridad legal para restablecer entre los creyentes la igualdad con que han soñado los más grandes legisladores. El mosaismo tenía sus leyes agrarias, pero jamas se han puesto en ejecucion. Los cristianos empezaron por practicar la comunidad de bienes; mas despues, desesperando de realizar su ideal en la sociedad laica, organizaron el monaquismo sobre la base de la más absoluta igualdad. Pero el principio de la individualidad ha triunfado; llevado hoy hasta sus últimas consecuencias, compromete la existencia misma de la sociedad. El Oriente no conoce todavía estos males; las desigualdades sociales desaparecen allí, por decirlo así, por la caridad. Desde el principio de la guer-

(1) SALE, *Consideraciones sobre el mahometismo*, secc. IV, p. 507.

(2) *Coran*, II, 266, 269.

ra sagrada Mahoma reservó la quinta parte del botín para Dios, esto es, para el socorro de los pobres, de los huérfanos y de los viajeros. En los primeros tiempos los califas hacían por sí mismos la distribución de esta limosna legal; se dice que Omar determinaba sus beneficios, más bien según las necesidades que según el mérito de los individuos (1). Las victorias de los Arabes en las comarcas más opulentas del mundo llevaron inmensas riquezas al tesoro de los pobres. Este origen de renta se acabó con la conquista, pero hubo siempre un fondo especial de caridad. Mahoma impuso un diezmo en favor de los pobres á los bienes inmuebles de los creyentes; éste es un cánón religioso que representa, por decirlo así, el derecho de Dios sobre los bienes de la tierra. Sirve para aliviar á todos los desgraciados, á los indigentes, á los viajeros, á los deudores insolventes; sirve para rescatar á los esclavos maltratados por sus señores; se emplea en construir hospitales, hospederías, colegios (2). Hay además al fin del *ramadán* (la cuaresma) una limosna obligatoria y determinada. Finalmente, un musulmán no puede hacer testamento sin comprender en él á los pobres; si muere sin legarles nada ó sin testar, sus herederos están obligados á dar una parte á los indigentes (3).

N.º 4.—*De las acusaciones dirigidas contra el islamismo.*

Tal es la doctrina de Mahoma sobre Dios, sobre las relaciones del hombre con el Creador y sobre las relaciones de los hombres entre sí. Daríamos una idea incompleta del islamismo, si no respondiésemos á las acusaciones que los escritores cristianos dirigen á la religión musulmana. Pudiera creerse que en el siglo XIX la intolerancia sería reemplazada por una apreciación más tranquila y más digna; pero no hay nada más ciego ni más incorregible que la preocupación religiosa. Mahoma seguirá siendo un impostor para aquellos que crean en la revelación cristiana; ¿y cómo la

(1) D'HERBELOT, *Bibliotheca orientalis*, en la palabra Omar.

(2) CHARDIN, *Viajes á Persia*, t. III, p. 154-156.

(3) G. CAVAIGNAC, *De la constitución territorial de los países musulmanes (Revue indépendante, t. VIII)*.

obra de un impostor ha de ser más que fraude é impureza? Estas imputaciones han sido reproducidas en la *Filosofía de la historia*, de Schlegel: escrita bajo el punto de vista de un catolicismo romántico, esta pretendida filosofía de la historia no tiene de filosofía más que el título. El lector juzgará por lo que dice del mahometismo el célebre escritor.

Schlegel se admira de que se tenga en cuenta que el islamismo predica la unidad de Dios: « ¡Vaya un mérito, el creer en un Creador y en un Dios remunerador! ¿No reconocen un Dios los demonios del infierno? Y, sin embargo, son incorregibles. El islamismo es la religión de los demonios, porque en él domina el orgullo más desmesurado á la par que más desprovisto de fundamento. La esencia de la vida árabe es la hostilidad permanente de las tribus, el espíritu de venganza que se perpetúa á través de los siglos; reinan también en el Corán estas malas pasiones. En vez de la caridad y del perdón predica el islamismo la venganza, el odio y la guerra á muerte contra todos los que no creen en aquel profeta manchado de sangre y de desórdenes. Todos los pueblos idólatras, en toda la tierra, no han sacrificado tantas víctimas humanas á sus falsos dioses como se han inmolado á la idolatría árabe. Si se busca el principio moral de esta pretendida religión, no se encuentra otro que el materialismo más abyecto » (1).

Supongamos que un historiador árabe escriba una filosofía de la historia con este espíritu de intolerancia desabrida; ¿qué dirá del cristianismo? « Es una religión de orgullo; la fatuidad de los cristianos llega hasta á decir que su profeta es hijo de un Dios. Todos aquellos que se niegan á creer en un dogma reprobado por la razón y contrario á la naturaleza misma de la divinidad, son condenados en el otro mundo y atormentados en este. Han propagado su superstición por el hierro y el fuego; á su impotencia debemos la conservación del islamismo. No pudiendo desahogar su espíritu rencoroso contra los musulmanes, se persiguen entre sí. Un tribunal, calificado de santo, envía á la hoguera á los que no participan de todas las creencias de un sacerdote que pretende ser el vicario de Dios. Esta religión, que se quisiera imponer al mun-

(1) J. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte* (lecciones XI y XII).